

—Eso creo: los cánones están sangrando; quiero decir que la Sinodal está terminante.—Y se puso algo colorado, porque no sabía si los cánones sangraban ó no, ni si la Sinodal hablaba del caso.

—¡De modo que le van á enterrar como un perro!

—Eso es lo de menos—dijo el maestro de la Fábrica, —toda la tierra está consagrada por el trabajo del hombre.

—Y además en muriéndose uno...

—Más despacio, señores, más despacio—interrumpió Foja que no quería desperdiciar el arma que le ponían en las manos para atacar al Magistral.—Estas cosas no se pueden juzgar filosóficamente. Filosóficamente es claro que no le importa á uno que le entierren donde quiera. Pero ¿y la familia? ¿Y la sociedad? ¿Y la honra? Todos Vds. saben que el local destinado en nuestro cementerio *municipal*—y subrayó la palabra—á los cadáveres no católicos, digámoslo así...

Orgaz hijo sonrió.

—Ya sé, joven, ya sé que he cometido un *lapsus*. Pero no sea Vd. tan material.

Aquel grupo de progresistas y socialistas serios miró *en masa* al mediquillo impertinente con desprecio.

Y dijo el socialista cristiano:

—Aquí lo que sobra es la materia; la letra mata, caballero, y tengo dicho mil veces que lo que sobran en España son oradores...

—Pues Vd. no habla mal ni poco; acuérdesse del club difunto, señor Parcerisa...

Y Orgaz hijo dió una palmadita en el hombro al de la fábrica.

Parcerisa sonrió satisfecho.

La conversación se extravió. Se discutió si el Ayuntamiento disputaba ó no con suficiente energía al Obispo la administración del cementerio.

En tanto subían y bajaban amigos y amigos, curas

y legos que iban á ver al enfermo ó á su hija. Don Pompeyo había hecho llevar á Celestina á su cuarto y allí recibía la beata á sus correligionarias y á los sacerdotes que venían á consolarla. Guimarán no dejaba entrar en la sala más que á los espíritus fuertes, ó por lo menos, si no tan fuertes como él, que eso era difícil, partidarios de dejar á un moribundo «expirar en la confesión que le parezca, ó sin religión alguna si lo considera conveniente.»

—Muerte gloriosa!—decía don Pompeyo al oído de cualquier enemigo del Provisor que venía á compadecerse á última hora de la miseria de Barinaga.—«¡Muerte gloriosa! Qué energía! Qué tesón! Ni la muerte de Sócrates... Porque á Sócrates nadie le mandó confesarse.

Los que subían ó bajaban, al pasar por la tienda abandonaba echaban una mirada á los desiertos estantes y al escaparate cubierto de polvo y cerrado por fuera con tablas viejas y desvencijadas.

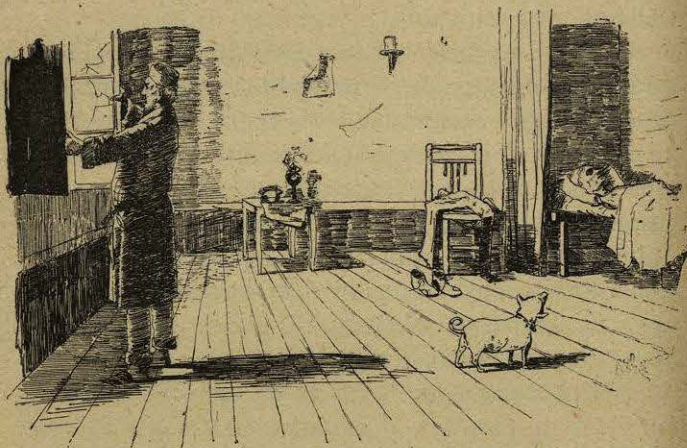
Sobre el mostrador, pintado de color de chocolate, un velón de petróleo alumbraba malamente el triste almacén cuya desnudez daba frío. Aquellos anaqueles vacíos representaban á su modo el estómago de don Santos. Las últimas existencias, que había tenido allí años y años cubiertas de polvo, las había vendido por cuatro cuartos á un comerciante de aldea; con el producto de aquella liquidación miserable había vivido y se había emborrachado en la última parte de su vida el pobre Barinaga. Ahora los ratones roían las tablas de los estantes y la consunción roía las entrañas del tendero.

Murió al amanecer.

Las nieblas de Corfin dormían todavía sobre los tejados y á lo largo de las calles de Vetusta. La mañana estaba templada y húmeda. La luz cenicienta penetraba por todas las rendijas como un polvo pegajoso y

SANTA BARBARA

sucio. Don Pompeyo había pasado la noche al lado del moribundo, solo, completamente solo, porque no había de contarse un perro faldero que se moría de viejo, sin salir jamás de casa. Abrió Guimarán el balcón de par en par; una ráfaga húmeda sacudió la cortina de percal y la triste luz del día de plomo cayó sobre la palidez del cadáver tibio.



Á las ocho se sacó á Celestina de la «casa mortuoria» y *el cuerpo*, metido ya en su caja de pino, lisa y estrecha, fué depositado sobre el mostrador de la tienda vacía, á las diez. No volvió á parecer por allí ningún sacerdote ni beata alguna.

—Mejor—decía don Pompeyo, que se multiplicaba.

—Para nada queremos cuervos—exclamaba Foja, que se multiplicaba también.

—Esto tiene que ser una manifestación—decía el ex-alcalde á muchos correligionarios y otros enemigos del Magistral reunidos en la tienda, al pié del cadáver.—Esto tiene que ser una manifestación: el gobierno no nos permite otras, aprovechemos esta coyuntura. Además, esto es una iniquidad: ese pobre

viejo ha muerto de hambre, asesinado por los acaparadores sacrílegos de la *Cruz Roja*. Y para mayor deshonra y ludibrio, ahora se le niega honrada y cristiana sepultura, y habrá que enterrarle en los escombros, allá, detrás de la tapia nueva, en aquel estercolero que dedican á los entierros civiles esos infames...

—¡Muerto de hambre y enterrado como un perro!—exclamó el maestro de escuela perseguido por sus ideas.

—¡Oh, hay que protestar muy alto!

—Sí, sí!

—Esto es una iniquidad!

—Hay que hacer una manifestación!

Hablaban también muchos conjurados con trazas de curiales de palacio; eran amigos del Arcediano, del implacable Mourelo que conspiraba desde la sombra.

—Á ver Vd., señor Sousa, Vd. que escribe los telegramas del *Alerta*... es preciso que hoy retrasen ustedes un poco el número para que haya tiempo de insertar algo...

—Sí, señor, ahora mismo voy yo á la imprenta y con la mayor energía que permite la ley, la pícara ley de imprenta, redactaré allí mismo un suelto convocando á los liberales, amigos de la justicia, etc., etc... Descuide Vd., señor Foja.

—Llame Vd. al suelto: *Entierro civil*.

—Sí, señor; así lo haré.

—Con letras grandes.

—Como puños, ya verá Vd.

—Eso podrá servir de aviso á todo el pueblo liberal...

—¿Vendrán los de la Fábrica?

—¡Ya lo creo!—exclamó Parcerisa.—Ahora mismo voy yo allá á calentar á la gente. Esto no nos lo puede prohibir el gobierno...

—Como no se alborote...

El entierro fué cerca del anochecer. Sólo así podían asistir los de la Fábrica.

Llovía. Caían hilos de agua perezosa, diagonales, sutiles.

La calle se cubrió de paraguas.

El Magistral, que espiaba detrás de las vidrieras de su despacho, vió un fondo negro y pardo; y de repente, como si se alzase sobre un pavés, apareció por encima de todo una caja negra, estrecha y larga, que al salir de la tienda se inclinó hacia adelante y se detuvo como vacilando. Era don Santos que salía por última vez de su casa. Parecía dudar entre desafiar el agua ó volver á su vivienda. Salió; se perdió el ataúd entre el oleaje de seda y percal oscuro. En el balcón que había sobre la puerta, entre las rejas asomó la cabeza de un perro de lanas negro y sucio: el Magistral lo miró con terror. El faldero estiró el pescuezo, procuró mirar á la calle y se le erizaron las orejas. Ladró á la caja, á los paraguas y volvió á esconderse. Lo habían olvidado en la sala, cerrada con llave por don Pompeyo.

Guimarán, de levita negra, presidía el duelo.

Delante del féretro, en filas, iban muchos obreros y algunos comerciantes al pormenor, con más, varios zapateros y sastres, rezando padre nuestros.

Guimarán había propuesto que no se dijese palabra.

«No había muerto el gran Barinaga, aquel mártir de las ideas, dentro de ninguna confesión cristiana; luego era contradictorio...»

—Deje Vd., deje Vd.—había advertido Foja con mal gesto.—No seamos intransigentes, no extrememos las cosas. Es de más efecto que se rece.

—Esto no es una manifestación anti-católica—observó el maestro de escuela.

—Es anti-clerical—dijo otro liberal probado.

—El tiro va contra el Provisor—manifestó un lampiño, de la policía secreta de Gloucester.

Así pues, se convino que se rezaría y se rezó. *Requiescat in pace*, decía Parcerisa, que rezaba delante, con voz solemne, al terminar cada oración.

Y contestaban los de la fila, que llevaban hachas encendidas: *Requiescat in pace*.

Ni el latín ni la cera le gustaban á don Pompeyo, pero había que transigir.

«Todo aquello era una contradicción, pero Vetusta no estaba preparada para un verdadero entierro civil.»

Las mujeres del pueblo, que cogían agua en las fuentes públicas, las ribeteadoras y costureras que paseaban por la calle del Comercio, y por el Boulevard, arrastrando por el lodo con perezosa marcha los pies mal calzados; las criadas que con la cesta al brazo iban á comprar la cena, se arremolinaban al pasar el entierro y por gran mayoría de votos condenaban el atrevimiento de enterrar «á un cristiano» (sinónimo de hombre) sin necesidad de curas. Algunas buenas mozas, mal pergeñadas, alababan la idea en voz alta.

Hubo una que gritó:

—¡Así, que rabien los de la pitanza!

Esta imprudencia provocó otra del lado contrario.

—¡*Anday*, judíos—exclamaba una moza del partido azotando con un zueco la espalda de muchos de sus conocidos, peones de albañil y canteros.

Detrás del duelo iba una escasa representación del sexo débil; pero, según las de la cesta y las de las fuentes públicas, «eran malas mujeres.»

—¡Anda tú, *pendón!*

—¿Á dónde vais, *pingos!*

Y las correigionarias de don Pompeyo reían á carcajadas, demostrando así lo poco arraigado de sus convicciones. La noche se acercaba; el cementerio estaba lejos, y hubo que apretar el paso.

La lluvia empezó á caer perpendicular, pero en gotas mayores, los paraguas retumbaban con estrépito lúgubre y chorreaban por todas sus varillas. Los balcones se abrían y cerraban, cuajados de cabezas de curiosos.

Se miraba el espectáculo generalmente con curiosidad burlona, con algo de desprecio. « Pero por lo mismo se declaraba mayor el delito del Magistral. Aquel pobre don Santos había muerto como un perro por culpa del Provisor ; había renegado de la religión por culpa del Provisor, había muerto de hambre y sin Sacramentos por culpa del Provisor.»

« Y ahora los revolucionarios, que de todo sacan raja, aprovechan la ocasión para hacer una de las suyas...»

« Y por culpa del Provisor...»

« No se puede estirar demasiado la cuerda.»

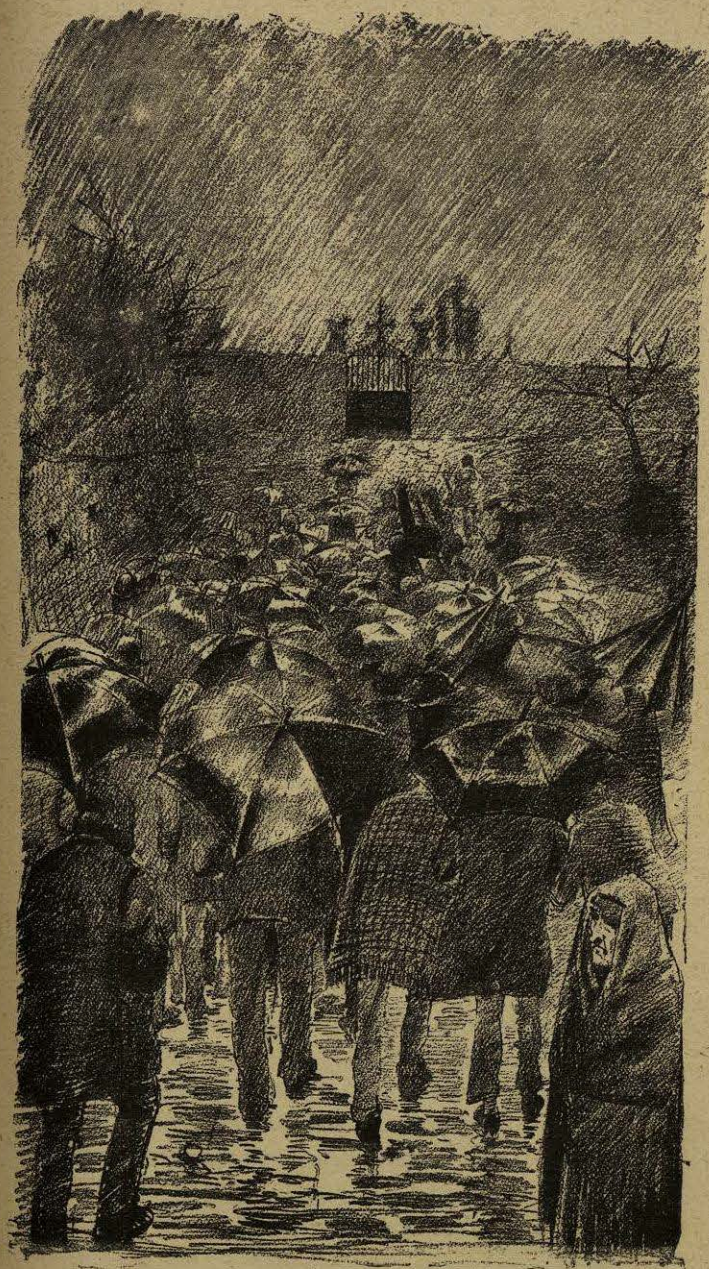
« Ese hombre nos pierde á todos.»

Estos eran los comentarios en los balcones. Y después de cerrarlos, continuaban dentro las censuras. Muchas amistades perdió De Pas aquella tarde.

Sin que se supiera cómo, llegó á ser un *lugar común*, verdad evidente para Vetusta, que « Barinaga había muerto como un perro por culpa del Magistral.»

Los amigos que le quedaban á don Fermín reconocían que no se podía luchar, por aquellos días á lo menos, contra aquella afirmación injusta, pero tan generalizada.

El entierro dejó atrás la calle Principal de la Colonia, que estaba convertida en un lodazal de un kilómetro de largo, y empezó á subir la cuesta que terminaba en el cementerio. El agua volvía á azotar á los del duelo en diagonales, que el viento hacía penetrar por debajo de los paraguas. Llovía á latigazos. Una nube negra, en forma de pájaro monstruoso, cubría toda la ciudad y lanzaba sobre el duelo aquel chaparrón furioso. Parecía que los arrojaba de Vetusta, silbándoles con las fauces del viento que soplaba por la espalda.



L. ALAS

Se subía la cuesta á buen paso. La percalina de que iba forrado el féretro miserable, se había abierto por dos ó tres lados; se veía la carne blanca de la madera, que chorreaba el agua. Los que conducían el cadáver le zarandeaban. La fatiga y cierta superstición inconsciente les había hecho perder gran parte del respeto que merecía el difunto. Todos los hachones se habían apagado y chorreaban agua en vez de cera. Se hablaba alto en las filas.

—¡De prisa, de prisa! se oía á cada paso.

Algunos se permitían decir chistes alusivos á la tormenta. En el duelo había más circunspección, pero todos convenían en la necesidad de apretar el paso.

Aquel furor de los elementos despertó muchas preocupaciones taciturnas.

Don Pompeyo llevaba los piés encharcados, y era sabido que la humedad le hacía mucho daño, le ponía nervioso y con esto se le achicaba el ánimo.

—No hay Dios, es claro, iba pensando, pero si le hubiera, podría creerse que nos está dando azotes con estos diablos de aguaceros.

Llegaron á la alto, á la cima de aquella loma. La tapia del cementerio se destacaba en la claridad plomiza del cielo como una faja negra del horizonte. No se veía nada distintamente. Los cipreses, detrás de la tapia, se balanceaban, parecían fantasmas que se hablaban al oído, tramando algo contra los atrevidos que se acercaban á turbar la paz del campo santo.

En la puerta se detuvo el cortejo. Hubo algunas dificultades para entrar. Se habían olvidado ciertos pormenores y la mala fe del enterrador—tal vez la del capellán también—ponía obstáculos reglamentarios.

—¡Á ver, dónde está Foja!—gritó don Pompeyo, que no se encontraba con ánimo para dar otra batalla al oscurantismo clerical.

Foja no estaba allí. Nadie le había visto en el duelo:

Don Pompeyo sintió el ánimo desfallecer. «Estoy solo; ese capitán Araña me ha dejado solo.»

Sacó fuerzas de flaqueza, y ayudado por la indignación general, se impuso. El cortejo entró en el cementerio, pero no por la puerta principal, sino por una especie de brecha abierta en la tapia del corralón inundo, estrecho y lleno de ortigas y escajos en que se enterraba á los que morían fuera de la Iglesia católica. Eran muy pocos. El enterrador actual sólo recordaba tres ó cuatro entierros así.

El duelo se despidió sin ceremonia; á latigazos lo despedía el viento con disciplinas de agua helada.

Don Pompeyo Guimarán salió del cementerio el último. «Era su deber.»

Había cerrado la noche. Se detuvo solo, completamente solo, en lo alto de la cuesta. «Á su espalda, á veinte pasos tenía la tapia fúnebre. Allí detrás quedaba el misero amigo, abandonado, pronto olvidado del mundo entero; estaba á flor de tierra... separado de los demás vetustenses que habían sido, por un muro que era una deshonra; perdido, como el esqueleto de un rocín, entre ortigas, escajos y lodo... Por aquella brecha penetraban perros y gatos en el cementerio civil... Á toda profanación estaba abierto... Y allí estaba don Santos... el buen Barinaga que había vendido patenas y biriles... y creía en ellos... en otro tiempo. ¡Y todo aquello era obra suya... de don Pompeyo; él, en el café-restaurant de la Paz, había comenzado á demoler el alcázar de la fe... del pobre comerciante!...»

Un escalofrío sacudió el cuerpo de Guimarán. Se abrochó. «Había sido *otra* imprudencia venir sin capa.»

Entonces sintió que no sentía ya el agua... «Era que ya no llovía.» Sobre Vetusta brillaban entre grandes espacios de sombra algunas luces pálidas, las estrellas; y entre las sombras de la ciudad aparecían puntos rojizos simétricos; los faroles.

Guimarán volvió á temblar; sintió la humedad de los piés de nuevo... y apretó el paso. Hubo más, se le figuró que le seguían; que á veces le tocaban sutilmente las faldas de la levita y el cabello del cogote... Y como estaba solo, seguramente solo... no tuvo inconveniente en emprender por la cuesta abajo un trote ligero, con el paraguas debajo del brazo...

«No, no hay Dios, iba pensando, pero si lo hubiera estábamos frescos...»

Y más abajo:

«Y de todas maneras, eso de que le han de enterrar á uno de fijo, sin escape, en ese estercolero... no tiene gracia.»

Y corría, sintiendo de vez en cuando escalofrios.

Don Pompeyo tuvo fiebre aquella noche.

«Ya lo decía él; ¡la humedad!»

Deliró.

«Soñaba que él era de cal y canto y que tenía una brecha en el vientre y por allí entraban y salían gatos y perros, y alguno que otro diablejo con rabo.»



XXIII

**T**ECUM principium in die virtutis tuæ in splendorum sanctorum, ex utero ante luciferum genui te.»

Esto leyó la Regenta sin entenderlo bien: y la traducción del *Eucologio* decía: «Tú poseerás el principado y el imperio en el día de tu poderío y en medio del resplandor que brillará en tus santos: yo te he engendrado de mis entrañas desde antes del nacimiento del lucero de la mañana.»

Y más adelante leía Ana con los ojos clavados en su devocionario: *Dominus dixit ad me: Filius meus es tu, ego hodie genui te. Alleluia.*

¡Sí, sí, aleluya! ¡aleluya! le gritaba el corazón á ella... y el órgano, como si entendiese lo que quería el corazón de la Regenta, dejaba escapar unos diablillos de notas alegres, revoltosas, que luego llenaban los ámbitos oscuros de la catedral, subían á la bóveda y pugnaban por salir á la calle, remontándose al cielo... empapando el mundo de música retozona. Decía el órgano á su manera: